

En el sesquicentenario del nacimiento de Carlos Vaz Ferreira: filosofía y política¹

Gerardo Caetano

Academia Nacional de Letras del Uruguay

«...asegurar (por socialización, o como fuera) a cada individuo, esas necesidades gruesas, pero como punto de partida para la libertad, a la cual se dejaría todo el resto».

Carlos Vaz Ferreira, *Sobre los problemas sociales*, 1922.

I.

Las múltiples contribuciones de la filosofía a la política uruguaya han sido un tema por lo general muy poco transitado por nuestra historia y por el resto de nuestras ciencias sociales. Esta aseveración abarca, en primer lugar, al registro y ponderación interpretativa de las influencias de la filosofía universal en la praxis de algunos de los principales líderes de los partidos y de las organizaciones cívicas más relevantes de la historia uruguaya. Pero, asimismo, involucra también la ausencia de abordajes sobre la influencia de los propios filósofos uruguayos y el peso en la política nacional de sus disquisiciones más específicas en el campo cívico. No resulta una excepción a esta situación la consideración de la obra de Carlos Vaz Ferreira, quien junto con José Enrique Rodó no solo fue uno de los grandes maestros de la decisiva generación del Novecientos, sino también uno de los pensadores nacionales más influyentes a lo largo de la historia uruguaya.

De manera muy particular, resulta imperativa la consideración de la aportación de la filosofía y del espacio más amplio del debate de ideas en la construcción del «campo cultural» (o del «ambiente espiritual», como lo llamaría Carlos Real de Azúa) que ambientó y dio también sustento a los modelos y prácticas ciudadanas matizados en las primeras décadas del siglo xx, ese «largo» Novecientos

¹ El texto que se publica es una versión reducida y adaptada del capítulo IX del libro del autor *La República batllista*, publicado en su primera edición en 2011, y en su última y octava edición en noviembre de 2021, en ambos casos por Ediciones de la Banda Oriental.

que discurre entre 1890 y 1930 y que resultó tan determinante en la política uruguaya durante los últimos cien años.

En ese marco general, el papel que jugaron la acción y la obra de Carlos Vaz Ferreira adquiere una significación especialísima. En más de una oportunidad se lo ha identificado como uno de los «filósofos del primer batllismo». Sin embargo, desde nuestras hipótesis y perspectivas de análisis, esa descripción resulta incorrecta y parcial. Más allá de las afinidades y de algunos vínculos específicos que entrecruzaron la peripecia del filósofo y los itinerarios políticos del primer batllismo, entre 1900 y 1930, el influjo de Vaz Ferreira en este campo se orientó mucho más en la perspectiva de contribuir a una moderación gradualista del impulso republicano de José Batlle y Ordóñez, y de la fracción radical de su grupo político, que en el horizonte de la defensa filosófica y la difusión genérica de sus proyectos e iniciativas más representativas. De ese modo, la principal contribución de Vaz Ferreira en ese campo de cruces entre política y filosofía fue aportar una metodología y una base conceptual para la síntesis de un pensamiento operativo con componentes combinados del republicanismo y del liberalismo, ecuación que poco a poco se convertiría en el núcleo del modelo ciudadano prevaleciente en el Uruguay del siglo xx.

Desde una perspectiva de filosofía política y de concepciones de ciudadanía, era más republicano que liberal: portaba un enorme compromiso con la *polis*, con el servicio público y con la noción de bien común, con la obsesión por la enseñanza como el gran camino de progreso, todo lo que ocupó un lugar demasiado importante en su vida. Es cierto que no tenía pasión por los partidos y concebía su rol cívico mucho más desde el papel del francotirador individual que el del militante partidizado. Era un moderado, con fobia por cualquier extremismo, que defendía un talante transaccional como guía de acción y pensamiento frente a los principales asuntos de la agenda ciudadana. Si bien esos rasgos lo distanciaban claramente del radicalismo batllista, tampoco lo hacían cobijarse en las filas del liberalismo individualista clásico y mucho menos en perspectivas de un «liberalismo conservador». Hombre de puentes y de puntos medios, difícil de clasificar, a nuestro juicio fue el filósofo principal de la síntesis del «republicanismo liberal».

Desde una postura reformista de tono negociador, moderado y gradualista, con un fuerte énfasis en una filosofía práctica que

buscaba integrar posiciones diversas y hasta contrapuestas, desde el destaque del cimiento moral de todo civismo, el pensamiento y la «metodología del bien pensar» de Vaz Ferreira se constituyeron en una suerte de soporte filosófico de la construcción forzosamente negociada del modelo de ciudadanía predominante en el Uruguay de las primeras décadas del siglo xx. De ese modo, más que «filósofo del primer batllismo», Vaz Ferreira fue en cambio uno de los grandes «mediadores» en la construcción de la matriz perdurable del «republicanismo liberal», producto no de una hegemonía sino de una compleja negociación ideológica, que sin duda tuvo sus cimientos correspondientes en ese campo cultural e intelectual antes aludido.

II.

Interesa, en principio, destacar algunos contornos especiales de la vida de Vaz Ferreira a título de contexto general y básico para el abordaje señalado. Nacido en 1872 y fallecido en 1958, en un periplo que va desde la Paz de Abril y los inicios de la política de coparticipación hasta los comienzos de la crisis estructural y su traducción política con la victoria nacionalista en las últimas elecciones nacionales de los años cincuenta, la vida y la obra de Vaz Ferreira cruzan, en verdad, un extenso período de la historia política nacional. Como veremos, hacia 1910, su actividad cívica, que hasta el momento se había venido dando en el ámbito académico y como dirigente de la enseñanza pública, osciló por un breve período de cercanías con la posibilidad de algún tipo de militancia partidaria y de ciertas expectativas sobre una eventual elección como parlamentario. Sin embargo, muy rápidamente sus preferencias sobre este particular se inclinaron con claridad hacia el rol de «libre pensador» o «franco tirador», condición que sin duda le resultaba mucho más atractiva.

En verdad, no sentía la política partidaria como un escenario que le resultara afín o en el que pudiera desplegar la mejor versión de lo que entendía como su sentido del «deber cívico». Esa distancia respecto a la política de los partidos terminó favoreciendo la proyección de su imagen pública y el peso de su influencia, sin que su nombre quedara partidarizado en un país que ya se perfilaba como «partidocrático». Su longevidad le permitiría, además, atravesar buena parte de la construcción del Uruguay moderno, del que terminó siendo a la vez uno de sus fundadores y de sus símbolos

más emblemáticos. Como bien ha señalado Juan Fló, identificando precisamente esa proyección colectiva y nacional de su praxis que trascendió banderías partidarias e ideológicas:

[...] su huella, o por lo menos su congenialidad con el clima ideológico predominante en el Uruguay a lo largo de este siglo [xx], debe rastrearse más allá del círculo de los filósofos. No es antojadizo creer que cierto tono característico de la sociedad uruguaya es congruente con su pensamiento, por lo menos con lo que este tiene de cauteloso y transaccional.

Sin embargo, a comienzos del siglo xx, su figura aparece vinculada a la comparecencia electoral de un movimiento «liberal» organizado y militante que por entonces se proyectaba hacia la constitución de un Partido Liberal Radical, en procura de una coalición con otros grupos «no tradicionales» para la conformación de una tercería de perfil más ideológico. Como ha estudiado Arturo Ardao, Vaz Ferreira fue uno de los protagonistas —aunque, como veremos, no uno de sus líderes— de la singular experiencia de la coalición liberal-socialista que compareció en los comicios de diciembre de 1910. En aquella oportunidad, la abstención electoral decidida por el Partido Nacional creó la posibilidad cierta para que figuras de nuevos partidos y de círculos cívicos emergentes llegaran a disputar y a ganar bancas parlamentarias por la minoría en las elecciones de ese año.

Tras un intento revolucionario rápidamente abortado y la subsiguiente declaración de una actitud abstencionista por parte del Partido Nacional, el Partido Colorado (hegemonizado por un batllismo todavía cohesionado y sin escisiones) adoptó la estrategia denominada de «las integraciones», invitando a incorporarse a sus listas a «personas ajenas a la política militante», a los efectos de darle mayor legitimidad a unos comicios en los que, *a priori*, tenía todas las mayorías aseguradas. En esa ocasión, Vaz Ferreira fue invitado formalmente —junto a otras once personalidades «independientes»— a participar en las listas del partido gobernante, para de ese modo llegar a ocupar escaños parlamentarios y jugar un rol fiscalizador del Gobierno, invitación que finalmente no aceptó.

En el caso específico de Vaz Ferreira, declinó el ofrecimiento a través de una carta fechada el 6 de diciembre de 1910 y publicada al día siguiente por *El Día*. En su misiva, el filósofo, aunque advertía

que le hubiera resultado «en extremo doloroso abandonar [su] cátedra de Filosofía y [su] cargo en la Instrucción Primaria», señalaba también que le desagradaba «siempre aparecer como eludiendo responsabilidades o resistiendo a la obligación de servir los puestos públicos». Sin embargo, a pesar de reconocer «las condiciones de absoluta independencia que se [le] ofrecían» para su actuación parlamentaria, Vaz Ferreira se inclinaba finalmente por no aceptar el ofrecimiento, ante su convicción de que, en aquellas circunstancias, su acción en la política partidaria no alcanzaría el «bien eventual» que, «aunque en modesto grado, realizo ciertamente en mi situación actual».

El periódico batllista editorializó al día siguiente, a propósito de la negativa de figuras independientes a integrar las listas coloradas, a través de un artículo titulado «Una actitud lamentable». En ese editorial, el órgano batllista se lamentaba de no poder contar con el concurso de «ese núcleo de inteligencias preparadas para la acción parlamentaria», al tiempo que juzgaba como injustificables los argumentos esgrimidos para rehusar «las responsabilidades de una oportunidad propicia», en especial la noción de que se podía servir mejor los intereses públicos «en el retiro estéril de ambientes sustraídos al braceo de los sucesos». No todos los ofrecimientos del batllismo en aquella ocasión tenían los mismos objetivos: las invitaciones dirigidas a José P. Ramírez o a José Irureta Goyena resultaban bien distintas de las que se le hacían a Eduardo Acevedo o a Carlos Vaz Ferreira. En el caso de este último, la juventud del posible candidato y sus antecedentes de afinidades con el oficialismo indicaban con seguridad la búsqueda de una convergencia más profunda y de más largo aliento, que por cierto sí se concretó en el caso de Acevedo.

Luego de declinar la oferta batllista, Vaz Ferreira terminó finalmente acompañando a Pedro Díaz y a Emilio Frugoni en la conformación de la coalición liberal-socialista, que presentó sus propias listas en los comicios por Montevideo el domingo 18 de diciembre de 1910, obteniendo dos bancas. Vaz Ferreira ocupó el tercer lugar en las candidaturas, detrás de los dos primeros, por lo que no accedió al Parlamento. En verdad, ni siquiera en esa ocasión especial, la única en la que formalmente fue candidato, Vaz Ferreira demostró mucho entusiasmo por la actividad militante en los partidos: no firmó el manifiesto de los liberales para llamar a votar por la coalición, por lo que apareció en la prensa de la época; tampoco participó en

ninguna de las comisiones de movilización electoral ni habló en los actos de campaña; su acción se limitó a aceptar ser candidato por la novel agrupación en un lugar destacado. De todos modos, de manera indirecta, la figura de Carlos Vaz Ferreira quedaba vinculada a los orígenes del socialismo uruguayo.

Aunque no cabe duda de que Vaz Ferreira se sintió obligado a comparecer ante estos dilemas de la coyuntura de 1910, su vocación intelectual y su manera de concebir el compromiso cívico no dejaron de marcar su distancia respecto a la militancia en los partidos. Pese a las «tentaciones» y a las oportunidades que se le ofrecieron, muy tempranamente su preferencia en el terreno cívico se orientó a actuar como un «francotirador político» que actuaba por fuera de los partidos. Ya en 1910, cuando todavía protagonizaba los escarceos políticos de los que hemos dado cuenta, en su obra *Lógica viva* planteaba los perfiles del dilema en términos que parecían anticipar su clara opción futura:

La cuestión de si un ciudadano debe o no ingresar en los partidos políticos es una cuestión normativa: como las demás, muy frecuentemente mal tratada. [...] Ingresar a los partidos políticos tiene la ventaja de facilitar, de hacer más intensa la acción política, ofrecer más ocasiones de prestar servicios al país en la generalidad de los casos; y los inconvenientes de la supresión de parte de la libertad personal, de la libertad de criterio y de acción, en la subordinación, aunque sea relativa, a autoridades y criterios ajenos. En cuanto a la actuación del franco tirador político, que procura o no rehúye intervenir en la cosa pública, desde luego y por lo menos con su voto, y con su propaganda y también con la acción en cuanto le sea posible, pero fuera de los partidos, tiene ventajas desde el punto de vista de la mayor libertad, de la mayor posibilidad de aplicar la actividad, la capacidad electoral, etc., a la causa que en un momento dado [le] parezca mejor; e inconvenientes, sobre todo visibles cuando pensamos en la generalización de esa actitud, y que resultan de la mayor dificultad para unificar esfuerzos y tendencias, para contribuir a acciones colectivas, etc.

Más allá de que el batllismo no logró atraerlo a sus filas en aquellos momentos decisivos, en los umbrales de la segunda presidencia de Batlle y Ordóñez, y con un Vaz Ferreira que parecía todavía especular sobre las posibilidades de su acción como político y como legislador, su cercanía con aquel batllismo del Novecientos era innegable, como lo demuestran las importantes responsabilidades

que se le dieron en aquellos años en el campo de la conducción de la política educativa. En ese sentido, debe anotarse que ocupó cargos relevantes entre las máximas autoridades de la enseñanza pública durante gobiernos colorados y en especial batllistas: fue miembro del Consejo Directivo de Instrucción Primaria entre 1900 y 1915, nada menos que en forma parcialmente contemporánea a las dos presidencias ocupadas por Batlle y Ordóñez. En 1913, durante la segunda presidencia de Batlle y con mayoría batllista en ambas Cámaras, se creó por ley especial la Cátedra Libre de Conferencias de la Universidad de la República, que ocuparía durante décadas. También durante esas tres primeras décadas del siglo xx, fue decano de Preparatorios de la Universidad (1904-1906) y rector de la misma entre 1929 y 1930, en el primero de los tres períodos en que ocuparía la máxima jerarquía universitaria. Como una nueva confirmación de estas cercanías «no militantes», cultivó amistad con connotados líderes del batllismo en la época: el legendario dirigente batllista y amigo personal de Batlle y Ordóñez, Domingo Arena, lo trata en su libro *Divorcio y matrimonio*, publicado en 1912 cuando se discutía en el Parlamento el proyecto de ley sobre divorcio por la sola voluntad de uno de los cónyuges, como «mi compañero, [...] el filósofo como yo lo llamo, el cerebro más robusto de mi generación...».

Sin embargo, como ya se ha adelantado, existían también varios motivos para suponer que su cercanía a las filas del batllismo tenía sus límites y que los mismos se asentaban en diferencias de carácter ideológico. Su talante ideológico se fundaba en un «filosofar minimalista», desde el que no podía sino recelar de los aprestos radicales y «avancistas» del batllismo. Desde su elogio al «quijotismo sin ilusión», desde su «utopía de la no oposición» (como ha sintetizado en forma por demás gráfica Juan Fló), Vaz Ferreira no sintonizaba mucho con el radicalismo reformista de Batlle y Ordóñez, de manera especial con el núcleo republicano más radical de su proyecto político. Aunque podía compartir la noción de la relevancia central de los valores y virtudes públicas, de la educación como motor del civismo ciudadano o la idea de la centralidad del «gobierno de las leyes», su visión sobre el espacio de la política era mucho más escéptica, lo mismo que su confianza en la productividad de las instancias participativas o su visión sobre el rol activo del Estado en la vida social y económica. En su parte «liberal», desconfiaba también de la prevalencia de lo público sobre lo privado y era mucho más celoso

con relación a los alcances de las libertades individuales. Su método filosófico, tan proclive a «la conciliación relativa en las doctrinas», no coincidía con el «inquietismo» y con el «elogio al conflicto» o a la lucha ideológica frontal, a los que eran tan afectos Batlle y Ordóñez y muchos de sus allegados más cercanos. Hasta su visión del laicismo y de las religiones era bien diferente. «El héroe moral vazferreiriano —como bien ha señalado Miguel Andreoli— no es el gran reformador, sino aquel que siente intensamente la multiplicidad de los ideales».

III.

Desde el cultivo de perfiles como «humanista» y «filósofo moralista», en su profusa labor en la enseñanza en sus distintos niveles (profesor catedrático, maestro de Conferencias, director fundador y luego decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, rector de la Universidad en tres períodos durante los tramos 1929-1930, 1935-1938 y 1938-1943), en su rol preferido de *observador participante* antes que militante; desde su intervención influyente en el trámite legislativo de leyes decisivas hasta su contestación a la ilegalidad del golpe de Estado presidido por Gabriel Terra en 1933, pasando por su participación en manifiestos y actos cívicos de alcance nacional e internacional, su figura se volvería símbolo de independencia de criterio y de una filosofía de la síntesis y del equilibrio. Todo ello terminó por profundizar la influencia propiamente política de su pensamiento, en una sociedad en la que la noción de identidad nacional se confundía con el ejercicio concreto de la ciudadanía y en la que todavía a menudo se expandía una proclividad filosofante en la controversia de los asuntos públicos.

Debe acotarse que, como más de una vez se ha dicho, la originalidad y rigurosidad de su reflexión más propiamente filosófica contrasta con ciertas debilidades de su pensamiento focalizado en el análisis social. De todos modos, sobre este último particular, también pueden encontrarse algunos postulados y especulaciones que generaron influencias perdurables. Tributario de la obra de algunos de los principales filósofos de su tiempo (Spencer, Stuart Mill, James, Bergson, entre otros), su obra no cayó, sin embargo, en el «atajo de la copia» o en la simple reiteración adaptativa. Supo cotejar claves filosóficas diversas sin espíritu de escuela, articularlas en síntesis apropiadas y aplicarlas con sentido transaccional sobre algunos

de los asuntos más relevantes de la agenda nacional e internacional de su tiempo: el divorcio, el feminismo emergente, la articulación entre libertad e igualdad, la conexión de los que, a su juicio, eran los mejores aportes del liberalismo y del socialismo, la propiedad de la tierra, los impuestos, la moral ciudadana, las relaciones entre intelectuales y política, entre otros muchos. Ese ejercicio sistemático de una reflexión filosófica aplicada a la realidad social lo proyectó como un actor destacado y escuchado en los debates públicos, aumentó la persuasividad de sus argumentos ante la dirigencia política en general y lo hizo un importante «constructor de opinión», desde su condición de «maestro de la prosa filosófica» (como lo calificaría Pedro Henríquez Ureña) y de conferencista aclamado.

Desde una defensa acendrada de la independencia de criterio ante los temas, Vaz Ferreira supo construir ya en aquellas primeras décadas del siglo xx una aureola de opinión abierta, sin seguidismos, con el objetivo más focalizado en «ayudar a pensar» que en «convencer en un sentido determinado». Fue así que, tanto a través de sus célebres conferencias como de sus «libros hablados», el propio Vaz Ferreira pudo encarnar en su praxis pública su propia «moral para intelectuales», lo que sin duda aumentó y calificó su audiencia entre los políticos uruguayos.

Con una atención focalizada en un amplio espectro de intereses (desde la filosofía hasta la música, pasando por la pedagogía, la psicología, la sociología o la crítica artística), portador de un espíritu analítico orientado a fundar relatos morales y éticos, el estilo intelectual de Vaz Ferreira tuvo mucho que ver con su éxito público, ya apreciable en esta época. En ese sentido, ya por entonces comenzó a ser visto como un auténtico «filósofo político» de la democracia uruguaya en construcción. Precisamente, su labor filosófica fundamental se extendería durante un período suficientemente extenso y decisivo (desde el Novecientos y los albores del «primer batllismo» hasta la crisis estructural de los cincuenta y el triunfo nacionalista casualmente acontecido en 1958, el año de su muerte). Tal vez, si hubiera tenido una mayor empatía con las visiones históricas, Vaz Ferreira podría haber tenido una conciencia mayor acerca de la perdurabilidad de la influencia propiamente política y hasta social de su pensamiento y de su acción.

Vaz Ferreira junto con Rodó fueron quienes edificaron los pilares sobre los que se asentaría la vida cultural uruguaya durante más

de medio siglo. Una de las principales características de la nueva conciencia filosófica gestada en aquel Uruguay finisecular y luego novecentista fue que logró tejer una síntesis —no una *solución ecléctica*, producto que Vaz Ferreira rechazaba— entre el espiritualismo y el positivismo. Por eso mismo, la reflexión filosófica de comienzos del siglo xx no configuró una negación radical, absoluta, de las pautas anteriores del evolucionismo.

IV.

Además de sus aportes al patrimonio filosófico nacional y a su rol en tanto referente importante de la cultura política uruguaya, a nuestro juicio, Vaz Ferreira puede ser visto como uno de los filósofos principales del modelo de ciudadanía predominante en el Uruguay del siglo xx. La ideología de ese modelo ciudadano la hemos caracterizado como tributaria de un contorno de síntesis entre dos tradiciones diferentes: «republicanismo liberal». ¿A qué apunta esa calificación? Todo modelo de ciudadanía comporta siempre una tensión entre tradiciones diversas. En el caso uruguayo, como se ha señalado, en el modelo de ciudadanía prevaleciente confluyeron, aunque de diversa manera y con distinto énfasis, varias tradiciones. Nuestra percepción es que, contrariamente a esa «sabiduría común» tan instalada acerca de la preeminencia de un liberalismo tan difuso como omnicompreensivo, se impone una caracterización más precisa, que registre el acento prioritario de las notas republicanas, aunque en articulaciones complejas con ideas y principios de otras procedencias, en especial (en un imperativo plural) liberales.

La solución transaccional que se confirmó en el Uruguay novecentista apostó, entonces, a un predominio de principios republicanos, combinados con ciertos principios liberales. Es en ese sentido que puede hablarse de un modelo de ciudadanía que no encuentra —a nuestro juicio— mejor caracterización que la que emerge de una identificación «republicano liberal», en ese orden. ¿Cómo se podría explicar esa identidad ciudadana e ideológica? Proponemos la idea de la articulación más o menos dialéctica entre concepciones diversas de ciudadanía con principios republicanos predominantes (énfasis en el tema valores y virtudes, libertad positiva entendida como no dominación, una visión «robusta» de una «libertad proactiva», de una ciudadanía «exigente» y activa, participativa, desde una jerarquización señalada del «gobierno de las leyes») y principios

liberales en relación de contestación y complementación (desde una concepción general más individualista, con un énfasis de la idea de los derechos como garantía de autonomía, una visión de la libertad más negativa, con un destaque de virtudes principalmente privadas, con un fuerte recelo a cualquier tipo de intervencionismo del Estado). En ese producto necesariamente articulador entre principios diversos, a un filósofo de la conciliación como lo fue Carlos Vaz Ferreira, que apostaba a la superación de «oposiciones falsas», sin recelos ante las soluciones transaccionales que conjuntaban principios de procedencia distinta, se le presentaba una tarea adecuada de persuasión colectiva. Era en verdad el filósofo indicado. Los señalamientos que siguen lo revelan.

Por ejemplo, sus elucubraciones y especulaciones acerca de cómo evitar la polarización artificial de las teorías del socialismo y del individualismo apuntaban muy claramente en esa dirección. En el conjunto de conferencias que luego fueron publicadas bajo el título de *Sobre los problemas sociales*, sin incurrir en la vía del eclecticismo que rechazaba, Vaz Ferreira buscó reflexionar con el énfasis prioritario de una reelaboración pertinente sobre «el conflicto de las ideas de igualdad y libertad». En esa dirección comenzaba por marcar su rechazo a las visiones individualistas y socialistas más rígidas.

Además de su dureza, el individualismo nos aparece como la teoría que de hecho sostiene el régimen actual; y entonces, va hacia ella nuestra antipatía: por la desigualdad excesiva; por la inseguridad; por el triunfo del no superior, por ejemplo la capacidad económica. Demasiada predominancia de lo económico, absorbiendo la vida... Y justificación de todo lo que está, como la herencia ilimitada, la propiedad de la tierra ilimitada... Ahora el «socialismo» nos produce, desde luego, efectos simpáticos, por más humano: hasta su mismo lenguaje y sus mismas fórmulas... más bondad, más fraternidad, más solidaridad; no abandonar a nadie [...]. Simpático, también, por la tendencia a la igualdad, en el buen sentido. [...] En cambio antipático o temible por las limitaciones, que parecen inevitables, para la libertad y para la personalidad. Limitaciones a la individualidad. Tendencia igualante, en el mal sentido. [...] Autoridad, leyes, gobierno, prohibiciones, imposiciones, demasiado de todo eso. Y demasiado estatismo también...

En su identificación del «asunto» y en la elección de las interrelaciones más precisas para su problematización, no casualmente

Vaz Ferreira reflexionaba acerca de los desafíos del exceso de uniformidad y de Estado, temas tan presentes en el Uruguay de su tiempo y, en buena medida, en el que siguió después de su muerte. De allí no podía resultar extraño que el filósofo pasara a recorrer lo que llamó «los dilemas de los socialismos» («o suponer un cambio espiritual demasiado grande en la humanidad o suprimir la libertad, o la utopía psicológica o la tiranía») en procura de encontrar caminos para una «fórmula superadora»:

Asegurar (por socialización, o como fuera) a cada individuo, esas necesidades gruesas, pero como punto de partida para la libertad, a la cual se dejaría todo el resto. Dar así por una parte un buen mínimo asegurado al individuo: igualación sobre este mínimo. Y dejar libre la parte más viva del espíritu social, la parte renovadora y descubridora, el impulso, lo «para adelante», lo «tanteante». Asegurar lo grueso, se diría, fijaría suficiente independencia, bienestar e igualdad, quedando aun bastante variedad, iniciativa, fermentalidad.

En sus reflexiones sobre el tema de la propiedad de la tierra (a propósito de la doctrina georgista, con su innegable impacto ideológico en el Uruguay desde su recepción por el primer batllismo), en sus disquisiciones sobre los imperativos moralizadores en el plano cívico, en sus estudios y propuestas en el terreno de la educación y la pedagogía o en sus especulaciones en torno a los feminismos (en plural), Vaz Ferreira asumió en verdad el reto de reelaborar con rigor las ideas de manera de buscar una fórmula exigente, capaz de escapar de los atajos infértiles («no fermentales»), tanto de la «oposición paralizante» como de la pereza del «eclecticismo». En el plano de las ideas políticas y sociales disponibles en su tiempo y con la preocupación focalizada en la vida del ciudadano «real», aunque lo nombrara de manera diferente, resultaba bastante evidente que la búsqueda de Vaz Ferreira apuntaba a afirmar «valores» y «virtudes» que permitieran la defensa de una igualdad ciudadana posible y no agobiante («republicanismo moral»), sin menoscabar por ello un ápice los despliegues individuales («y el resto a la libertad», «las soluciones de libertad tienden de hecho al bien», «liberalismo» en suma), desarrollo que consideraba impostergable para el ejercicio de la *buena ciudadanía*.

De ese modo, el cruce clave entre filosofía y política pasaba en Vaz Ferreira por establecer los vínculos entre un «lógico punto de partida común» y una aspiración también convergente:

Se establece así una conciliación relativa en las doctrinas. Estas quedarían, no como direcciones divergentes desde el punto de vista inicial, sino como direcciones que se separarían más o menos lejos, después de recorrer el principio del camino en común. Por eso yo creo, no solo que la doctrina que profeso representa una verdad mínima, una solución mínima de derecho, sino que debería ser el punto de partida común de todas las doctrinas y tendencias: que todas, deberían, sin violencia, reconocer este derecho; y, partiendo de él, emprender sus discusiones para el resto [...], [dejando] abierta la discusión sobre la base de algo común.

V.

Pero Carlos Vaz Ferreira, como hemos adelantado, no solo contribuyó a la construcción de una cultura política democrática en el Uruguay a través de su metódica reflexión filosófica, sino que también supo de contribuciones cívicas en el campo de los pronunciamientos concretos de un ciudadano comprometido. En 1933 confrontó el proceso golpista y previno contra las duras consecuencias del quiebre de las instituciones, a través de una carta publicada por la prensa el 15 de febrero de 1933 y editada luego de la consumación del golpe como folleto, bajo el sugestivo título de «Frente al mayor crimen».

Ante la inminencia del golpe de Estado, Vaz Ferreira no solo dejaba constancia sobre sus convicciones cívicas, sino que apostaba, una vez más, a la persuasividad pública de su reflexión filosófica. Para hacer a esta más convincente, no vacilaba en señalar sus críticas a la Constitución vigente: pese a juzgarla «indiscutiblemente buena» porque «distribuía el gobierno entre muchos hombres y daba coparticipación en él a los diversos partidos», le achacaba el hundimiento de sus «mejores proyectos», aludiendo al bloqueo de sus propuestas de los «parques escolares» (a los que calificaba como «lo más fecundo y bueno que se hubiera hecho en el país») y del Instituto de Estudios Superiores, así como la promoción de pactos de «repartición de empleos» («serios males [...] en la moral individual y cívica, sin

contar lo que afectan a la capacidad teórica»). Sin embargo, su conclusión era categórica:

Necesitamos aún más que otros de la democracia y de la paz. Ese debe ser el punto de vista nacional. [...] Comprometer esa superioridad nuestra, es especialmente criminal, no solo porque esa superioridad es espiritual, sino porque no es únicamente nuestra: nosotros, en este momento, somos de toda América, porque somos ejemplo.

En la hora de la verdad, cuando la sociedad uruguaya descubriría la significación enorme de la crisis de uno de sus principales símbolos y referentes de identificación colectiva como era el culto irrestricto de la legalidad, Vaz Ferreira volvía a ser referente cívico insoslayable. Ese filósofo de razonamiento amplio pero también de exigencias, ese pensador que reivindicaba el camino de la *conciliación*, pero rechazaba de manera frontal los atajos del *eclecticismo*, advertía también con meridiana claridad que el sustento de una moral ciudadana sólida no podía sino cimentarse en una actitud de independencia ante todos los temas y en una consecuencia firme entre las ideas y las prácticas.